

# Aproximación al estudio de las representaciones sociales

Elsa María Ortiz Casallas<sup>1</sup>

---

## Resumen

Este artículo intenta visibilizar la teoría de las representaciones sociales como un marco teórico y metodológico apropiado para analizar los diferentes aspectos de la cultura, en donde el hombre, en tanto ser social y productor de significaciones, es el actor fundamental; sujeto social, ligado a la perspectiva del otro, a la interacción con los otros, a la co-construcción de su mundo en la intersubjetividad. Para ello, se problematiza la categoría sujeto, es decir las diferentes posiciones históricas que ha connotado; también se discute sobre la tradición del pensamiento binario occidental y finalmente se ubica la teoría de las representaciones sociales dentro del pensamiento ternario.

El estudio de las representaciones sociales, su objeto y sus presupuestos teóricos, han planteado interrogantes respecto a su relación con las representaciones individuales y el estatuto —sea individual o social— del sujeto: productor de representaciones sociales. Este planteamiento se hace evidente en el concepto de representación colectiva o social que se ha ido construyendo en diferentes épocas desde Durkheim (1895), Moscovici (1961-1975) y los estudios posteriores a ellos.

Muchos estudios han expresado la necesidad de avanzar en la discusión sobre la relación y el límite entre las representaciones sociales e individuales, sobre la dicotomía ente sujeto-objeto, individuo-sociedad y el papel activo de aquel en la construcción y, o reconstrucción de significados. Sin embargo, a pesar de dichas reflexiones, es posible decir, que el problema del sujeto no ha sido resuelto hasta el presente. Este vacío teórico podría atribuirse a la connotación negativa que tomó la dimensión de sujeto en la segunda mitad del siglo XX. No obstante, las coyunturas históricas y epistemológicas que marcaron el fin de siglo cuestionaron y pusieron en evidencia los paradigmas hasta entonces

---

1. Profesora de la Universidad del Tolima, actualmente realiza el Doctorado en Educación (Énfasis Lenguaje) en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

dominantes, rehabilitando y reintegrando de alguna manera la noción de sujeto como fenómeno social mayor.

Por un lado, en psicología, el conductismo en aras del rigor científico-positivista, adoptó los métodos de las Ciencias Naturales, especialmente la biología y la física, sin considerar las diferencias cualitativas que existen entre el estudio de fenómenos materiales y humanos.

De otro lado, en Ciencias Sociales, el objetivismo fue el enfoque que orientó los procesos sociales, rechazando toda posibilidad de intersubjetividad social. En esta misma dirección, el marxismo clásico, consideró al individuo sólo como producto de una ideología de clase y objetó la idea de un sujeto autónomo, que pudiera reflexionar más allá de sus condiciones materiales.

Así mismo, el estructuralismo, al cuestionar el discurso humanista, da muerte al sujeto, dejándolo atrapado en las estructuras funcionales del sistema de orden psíquico, lingüístico y social. Y en la modernidad, el dualismo cartesiano mente/cuerpo instaura una metodología solipsista que implica un sujeto universal, ahistórico; un Yo abstracto, neutral, quien se constituye en fundamento del conocimiento válido para todos; alguien que todo lo ve, todo lo sabe y define todo para todos:

El solipsismo metódico constituye la raíz última del liberalismo occidental, dado que admite, consciente o inconscientemente, la prioridad de la conciencia, sea individual o trascendental, frente a la pertenencia a una comunidad lingüística. Los individuos pueden actuar con sentido y pensar con validez, sin necesidad de recurrir a comunidad alguna, y también pueden prescindir de semejante recurso a la hora de decidir cuáles son sus intereses objetivos. Tanto en el campo teórico como en el práctico el individuo es realmente anterior a la constitución de la sociedad, y apela a ella, en último término, para satisfacer sus necesidades, intereses y deseos. (Cortina, 1995: 54)

En esta medida, el pensamiento cartesiano pretende hablar desde el ojo de Dios, toda vez que los atributos que antes estaban consagrados en el Dios cristiano, ahora se transfieren con las mismas características al Yo abstracto universal, garante de neutralidad y objetividad; si el mundo se ve a través del ojo de Dios, quiere decir que no está situado en ninguna parte del mundo, y por lo tanto, puede producir conocimiento universal; un conocimiento descarnado, no situado en ningún cuerpo, ni en ningún espacio particular. Así es como, debido a las arbitrariedades, redicciones e insuficiencias que estos discursos positivistas y objetivistas manifestaron, surge el concepto de representación social, a fin de poder explicar de una forma más humana, nuestras interacciones significativas en el mundo:

S. Moscovici (1969) explica el fracaso de toda una tradición de investigación que pretendía predecir o cambiar comportamientos, mediante el hecho de que la relación entre el sujeto y el objeto se reducía a una relación estímulo-respuesta, y se introducía una división entre mundo exterior y mundo interior, ahora bien, según él, el sujeto y el objeto no son congénitamente distintos y representarse algo es darse, conjunta e indiferencialmente, el estímulo y la respuesta. (Jodelet, 1984: 477)

Emergen, entonces, desde espacios diversos, nuevas racionalidades y distintas sensibilidades, diferentes a la objetivista y mecanicista. Se puede afirmar que hay, en este momento, una reconceptualización de la cultura, la subjetividad, la cotidianidad, la persona, en otras palabras, una revalorización de la alteridad. Estos aspectos que antes fueron invisibilizados, por la imposibilidad de tratarlos objetivamente desde el paradigma positivista, recobran hoy un valor de primer orden, sin renunciar a criterios científicos.

Desde Morín (1997), la complejidad que constituye en esencia al hombre, no ha tenido una respuesta positiva en la ciencia; de ahí que sea necesaria una posición crítica y una creciente flexibilización y búsqueda de otros modelos teóricos metodológicos que hagan posible comprender y explicar de una mejor manera la condición humana:

La propuesta de Morin coincide con la apreciación de que el concepto de saber es más omnicomprensivo que el concepto de conocimiento y más todavía que el de conocimiento científico; por consiguiente, hay que hablar más bien de las 'verdades polifónicas de la complejidad', dentro de las cuales ciertamente caben las del conocimiento y las del conocimiento científico, pero, también las diversas racionalidades de otras formas de saber. (Ruiz L, en González. 1997: 91)

Es impensable, desde esta mirada, pretender capturar la complejidad del ser humano a partir del paradigma de la simplificación, vía positivismo y conductismo, como se ha pretendido tradicionalmente orientar, sobre todo, en el campo de la educación; campo donde se asume una visión transmisionista, lineal y mecánica de los procesos; enseñanza-aprendizaje como relación causa-efecto simple y proporcional.

## **De un pensamiento binario a uno ternario en la investigación social**

En general, el pensamiento occidental y el lenguaje, han sido contruidos sobre un sistema de diferencias organizadas y un método de oposiciones binarias:

blanco/negro, bueno/malo, derecha/izquierda, sagrado/profano, en donde, el primer término es privilegiado y designado como la norma del significado cultural, creando una jerarquía dependiente y marginal. Así mismo, por cuestiones metodológicas ortodoxas, psicólogos y sociólogos, han tratado de estudiar la realidad a través de lecturas binarias, por ello han dicotomizado las relaciones: individuo/sociedad, sujeto/objeto, naturaleza/cultura. Pensamiento/acción. Esto conduce a la separación del sujeto cognoscitivo, por un lado y, por otro, al objeto cognoscible; es decir, sujeto y objeto son dados y definidos independientemente el uno del otro:

Quando el científico social, expresión de este modelo de racionalidad, procede al estudio del ser humano como un objeto de investigación, aplica esta clave binaria y considera por un lado los aspectos inherentes al ego, resaltando las estructuras anatómicas y funcionales del sistema nervioso que posibilitan la actividad mental y, por el otro lado, los aportes medioambientales que actúan como estímulos que provocarán ciertas respuestas y, sobre todo, los productos de la actividad mental en percepciones, en inteligencia, etc. (Gutiérrez, 1998: 215)

Así pues, el sujeto por un lado y la realidad por otra, son las condiciones apropiadas para determinar, objetivizar y sistematizar aspectos y conductas de la manera más rigurosa posible. Por esta razón, la teoría psicosocial sustentada por Moscovici fue, desde el punto de vista epistemológico, una crítica abierta al conductismo, en tanto que éste paradigma objetivista desconoció el *alter* y redujo la relación sujeto-objeto a estímulo-respuesta. En otras palabras, el conductismo apoyado en el empirismo, el ambientalismo y el determinismo, borró cualquier posibilidad de consciencia, sentimiento y reflexión en el ser humano. En suma, este enfoque de lógica mecanicista, negó al hombre toda su capacidad de ideación y autonomía, toda su capacidad para reaccionar y generar sus propias conductas y, finalmente, toda posibilidad de darle un sentido a su acción.

Durhkeim estableció, igualmente, una división entre individuo y sociedad, para él, la producción social impacta y determina la conciencia social de los individuos; partió del supuesto de que las representaciones individuales existían, pero no eran pertinentes para el trabajo del científico social, dado su carácter heterogéneo, dinámico y subjetivo. De hecho, su modelo, no tuvo en cuenta los mecanismos psicológicos y sociales de producción de las representaciones sociales, así como también, sus operaciones y funciones. En contraste Moscovici, rechaza dicha separación dicotómica, y da un giro en la interpretación, al postular una relación dialéctica psicosocial. Según este autor, las personas construyen y son construidas por la realidad. Es decir, las representaciones sociales son producto y proceso, en tanto que, elaboración psicológica y social de lo real.

De esta manera, Moscovici, pasa de un esquema diádico: sujeto-objeto a un sistema de interacción triádico que cancela la existencia de un solo sujeto, al proponer la intervención e incidencia de otros sujetos a los que él llama *alter*: “Moscovici da supremacía a la relación sujeto-grupo (otros sujetos), porque: a) Los otros y las otras son mediadores y mediadoras del proceso de construcción del conocimiento y b) La relación de los y las otras con el objeto —físico, social, imaginario o real— es lo que posibilita la construcción de significados”. (Araya, 2002: 6). Esta concepción pone de manifiesto la posición epistemológica en que se inscribe el estudio de las representaciones sociales; el conocimiento así, se comprende como un fenómeno complejo, cuya construcción está atravesada por múltiples relaciones sociales y culturales.

El *alter* es el modelador de las conductas y las representaciones cognitivas, lo cual supone una mediación constante, es decir una “terceridad” en términos de Peirce:

El punto de vista heterodoxo que incluye la clave ternaria en el análisis, coloca en el mismo plano el ego, el *alter* y el objeto. La percepción así estará producida por esta estructura ternaria, que bien puede representarse en una figura triangular en donde el ego que percibe (y que se ubica en una de las bases), lo hace según los valores de la estructura social que definimos como el alter y que le hacemos corresponder la otra base en esta hipotética estructura triangular. (Gutiérrez, 1998: 216)

Esta visión triádica y dialéctica: ego-alter-objeto, instaura una ruptura en el proceso de construcción del conocimiento, dado que pone el acento en el aspecto social, como elemento fundamental para su construcción. Es decir, el conocimiento se entiende aquí, como un fenómeno complejo, elaborado a partir de circunstancias y dinámicas contextuales heterogéneas y contingentes; en otras palabras, una visión antiesencialista y antifundamentalista del conocimiento. La verdad no como correspondencia con la realidad (ontología objetivista), sino como fenómeno contextual y circunstancial, resultado de un acuerdo o convención. No existen esencialismos en los seres humanos, el ser humano es algo relativo a las circunstancias históricas, algo que depende de un acuerdo transitorio acerca de qué actitudes son normales y qué prácticas son justas o injustas; la verdad como juego de lenguajes: “El juego de lo verdadero y lo falso” donde rigen ciertas reglas lógicas mínimas. (Kuhn, 1962). Las disyunciones, reducciones y simplificaciones producidas por esa fe ciega en el objetivismo de la razón lógica, ha impedido reconocer que también el científico es un hombre inmerso en la vida cotidiana, que la producción científica está atravesada, igualmente, por deseos, relaciones de fuerza, políticas y valores.

Pasar, entonces, de una concepción binaria de las relaciones humanas, tan ampliamente extendida y practicada en Occidente, a una concepción ternaria de dichas relaciones, implica un desplazamiento que procura modificar o cambiar todo. La propuesta Ego- Alter-Objeto, opera sobre una serie infinita de mediaciones en donde el contexto particular y las contingencias específicas que emergen de allí, resultan ser fundamentales; en este proceso los seres se hacen en relación, y lo que es, depende de lo que esa relación es con. Esta perspectiva epistemológica posibilita, pasar de un modelo vertical, a uno horizontal, vía producción de diálogo, en el sentido freiriano, en donde el *alter* es un modelo que matiza y define aspectos cognitivos, sentidos, visiones, esto es, representaciones sociales. Es precisamente, en este contexto, donde puede darse la vía expedita para establecer negociaciones entre el alter y el sujeto, de tal manera que se propicie la construcción de subjetividades menos determinantes y coloniales, es decir, diferentes a las que nos han sido impuestas durante siglos.

## Qué significa una representación social

Las representaciones sociales son un fenómeno de la modernidad y evidencian los modos en que la conciencia colectiva se fue adaptando a las nuevas formas de legitimación en las sociedades modernas:

La diferenciación y heterogenización de los grupos sociales que están en condiciones de legitimar los conocimientos dieron lugar a la aparición de la ciencia moderna y de lo que llamamos el sentido común. Por el contrario, en la sociedad tradicional las formas de legitimación eran básicamente uniformes, lo cual explicaría el término de representaciones colectivas empleado por Durkheim. (Castorina & Kaplan. 2003: 15)

En otras palabras, no puede hablarse de representaciones sociales sin que exista diferenciación social; los grupos se distinguen por su capital cultural y generalmente la creencia y valoración se asocia directamente con el status social. Un ejemplo claro de ello sucede cuando los maestros creen estar evaluando y valorando la inteligencia de sus alumnos, cuando realmente los están clasificando de acuerdo con sus características culturales:

Por lo visto la gramática escolar reinterpreta la inteligencia como la posesión de una cualidad que se identifica con una virtud escolar. Ahora bien ¿Qué consecuencias tiene para las prácticas educativas que los maestros se hayan adherido al imaginario social que subyace en los refranes populares de tipo: “lo que natura non da, Salamanca non presta”. (Castorina & Kaplan. 2003: 24)

En este caso se reafirma la tradicional y clásica tesis sociológica en la cuál el fracaso escolar de los niños depende menos de la escuela que de su posición en el entramado socio-cultural.

Ahora bien, ¿cómo se forma en los individuos la visión de la realidad? ¿Se forma individualmente o socialmente? ¿De qué manera incide esta visión en sus acciones cotidianas? Sin duda, la representación es individual, cognitiva, en tanto que la persona se apropia de un conocimiento, recreándolo de diversas maneras, pero es social, al mismo tiempo, porque la materia prima con que lo ha construido es de carácter social. Las representaciones se actualizan, se construyen y se recrean en la interacción comunicativa cotidiana de los individuos, en el cara a cara; a través de la educación y los medios de comunicación. Son, precisamente, éstos aspectos los que inciden con fuerza en la construcción individual de la realidad, lo que genera, consensos, y visiones compartidas de la realidad. Nótese, la gran influencia de los medios de comunicación para crear representaciones sociales estereotipadas de los diferentes actores y sectores de la sociedad, en aras de mantener el statu quo.

Efectivamente, cuando las personas se refieren a los objetos sociales, es porque tienen una representación social de esos objetos, los clasifican, los explican, los valoran y los evalúan. Es de esta manera, como las personas conocen la realidad a través de las explicaciones que surgen en los procesos de comunicación y, en general del pensamiento social. De ahí que analizar las RS permite entender la dinámica de las interacciones y las prácticas sociales, toda vez que la representación, el discurso y la práctica se generan mutuamente: (Abric, 1994).

El concepto de representación social designa una forma de conocimiento específico, el saber del sentido común, cuyos contenidos manifiestan la operación de procesos generativos y funcionales socialmente caracterizados. En sentido más amplio, designa una forma de pensamiento social. Las representaciones sociales constituyen modalidades de pensamiento práctico orientados hacia la comunicación, la comprensión y el dominio práctico del entorno social, material e ideal. (Jodelet: 1984: 474)

Las representaciones sociales constituyen sistemas cognitivos, en donde aparecen estereotipos, opiniones, valores, creencias y normas que desencadenan en actitudes positivas o negativas, es decir, éstas actúan como principios interpretativos y orientadores de las prácticas sociales:

Toda representación social es representación de algo y de alguien. Así, no es el duplicado de lo real, ni el duplicado de lo ideal, ni la parte subjetiva del objeto, ni la parte objetiva del sujeto. Sino que constituye el proceso por el cual se establece su relación. (Jodelet, 1984: 475)

Lo anterior indica, el camino dinámico y activo del sujeto en la elaboración de representaciones sociales, dado que las personas son concebidas como seres reflexivos, que constantemente legitiman, deslegitiman, aceptan, reconstruyen, y no como entes pasivos, cuyo único papel sea el de reproducir. Es claro, entonces, que la teoría de las representaciones sociales llenó un vacío que dejó el marxismo clásico: las personas no son pasivas, no se dedican sólo a observar cómo se reproduce el mundo, pues la sociedad y el mundo se construyen y se reconstruyen porque existen allí sujetos que piensan, aceptan, critican, comparan y lo hacen avanzar o retroceder en diferentes ámbitos:

[...] de este modo el pensamiento del sujeto, modelado por la esfera trans-subjetiva, encarnado aquí en los condicionamientos sociales, se convierte en una voz/vía de la intersubjetividad. A lo que se podría añadir, en lo concerniente a la relación pensamiento/conocimiento, el hecho de que el pensamiento propio del sujeto es una manera de resistir y de afirmar su autonomía con respecto al saber y al conocimiento científico. (Jodelet, 2008: 17)

Para Castoriadis (1997), reafirmar dicha autonomía, implica una ruptura ontológica, en tanto que obliga a cuestionar la Institución imaginaria de la sociedad, poner en evidencia las propias instituciones, desmitificarlas, desnaturalizarlas y asumir que son los mismos individuos quienes les han dado a las instituciones el poder que tiene para dominarlos; en palabras de Freire (1968) significa el paso de una conciencia intransitiva a una transitiva:

Los seres humanos no pueden vivir sino en sociedad, y es la sociedad la que ha hecho los seres humanos; son los seres humanos quienes crean con sus propias instituciones y leyes, la sociedad en que viven, y por ello, ellos mismos pueden cambiar o mantener de manera consciente esa sociedad. (Castoriadis, 1997: 51)

Según Moscovici (1984), la sociedad no es una fuerza externa que se le impone al individuo como sí lo creía Durkheim, sino que la sociedad, los individuos y las representaciones son construcciones sociales. El pensamiento resignifica lo que la palabra como hecho cultural impone (Vygotsky 1995), y lo hace válido para una comunidad de seres humanos. Esta posición constructivista del conocimiento evita el dualismo cartesiano entre mundo/mente en el que se apoya la psicología cognitiva.

Los anteriores argumentos permiten concluir que la teoría de las representaciones sociales resulta ser importante por cuanto permite describir, y en esta medida, hacer inteligible y comprensible las prácticas sociales de los actores sociales. Es decir, que para entender cómo los sujetos sociales actúan en su vida para

dar sentido a lo que hacen, es necesario indagar los significados y sentidos que éstos elaboran y ponen en su universo de vida, o en objetos particulares de la cultura:

La teoría de las representaciones sociales es una propuesta teórica y metodológica apropiada para entender otra faceta de los procesos educativos: el significado que profesores y estudiantes le adjudican a sus prácticas, a su rol profesional, a su vida, etc. (...) Las representaciones sociales son una herramienta importante para entender los diversos significados que se tejen en los espacios académicos acerca de algo (un plan de estudios, una asignatura, una estrategia metodológica) o alguien (el estudiante, el profesor, el funcionario). (Piña, Juan et al. 2008: 15)

De lo anterior se deriva la importancia de conocer, desentrañar y cuestionar el núcleo figurativo de una representación social alrededor del cual se articulan creencias ideologizadas, pues ello constituye un paso significativo para la modificación de una representación y por ende de una práctica social (Banchs, 1991). Este trabajo supone la reorganización de creencias consideradas como inadecuadas, la valorización de saberes de sentido común, la concienciación crítica (Freire 1970), y la reinterpretación de situaciones de vida. Tales posicionamientos indican que el enfoque de las representaciones sociales puede proporcionar —vía cambio social— la mejor contribución pero también la más difícil. La mejor “porque las maneras en que los sujetos ven, piensan, conocen, sienten e interpretan su mundo de vida, su ser en el mundo, desempeñan un papel indiscutible en la orientación y la reorientación de las prácticas” (Jodelet, 2008: 12) y la más difícil porque las representaciones sociales son fenómenos complejos, heteróclitos, que ponen en juego diferentes elementos que deben ser reintegrados y aprehendidos bajo diversas miradas, y para ello es necesario actuar conjuntamente.

## Bibliografía

- Abric, J.C. (2001). *Prácticas sociales y representaciones*. México: Ediciones Coyoacán.
- Araya, S. (2002). *Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión*. Costa Rica: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Castoriadis, C. (1997). *Ontología de la creación*. Bogotá: Ensayo y Error.
- Castorina, J.A. (2003). *Representaciones sociales*. España: Gedisa.
- Cortina, A. (1995). *Razón comunicativa y responsabilidad solidaria* (p. 119). España: Editorial Sígueme.

- González, M.S. (1997). *Pensamiento complejo*. Bogotá: Mesa Redonda.
- Gutiérrez, J.D. (1998). *La teoría de las representaciones sociales y sus implicaciones metodológicas en el ámbito psicosocial*, 10 (4), Julio-Agosto.
- Jodelet, D. (1984). En: Moscovici, S. *Psicología social II*. España: Paidós.
- Jodelet, D. (2008). El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales. En publicación: *Cultura y representaciones sociales*, año 3, No. 5. Instituto de Investigaciones Sociales. México: UNAM.
- Kuhn, T. (1962). *Las estructuras de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Moscovici, S. (1984). *Psicología Social II*. España: Paidós. Piña, J. M. & Mireles, O. (2008). *La perspectiva sociológica de las representaciones sociales para el estudio de la globalización*. Encontrado en Internet.
- Vigotsky, L. (1995). *Pensamiento y lenguaje*. España: Paidós.